

EL *DIESELGATE* DE VOLKSWAGEN
ECONOMÍA, GESTIÓN Y ECOLOGÍA ■



Antoni Serra Ramonedá

EL *DIESELGATE* DE VOLKSWAGEN. Economía, gestión y ecología ■
Document d'Economia Industrial, 41
Septiembre de 2018

@2018 Centre d'Economia Industrial
UAB - Edifici A - Rectorat
08193 Bellaterra
T. 935 813 020
fundacio.empresa.ciencia@uab.cat

Autor

Antoni Serra Ramoneda, UAB

Dirección editorial

Centre d'Economia Industrial
<http://cei.uab.es>

Maquetación e impresión

Servei de Publicacions
Universitat Autònoma de Barcelona

DL B-24.942-2018
ISBN 978-84-490-8046-3

Este estudio tiene su raíz en un trabajo de final de grado presentado por mi nieto Daniel Foncillas. Después de unas prácticas en Frankfurt y gracias a sus conocimientos de alemán, creyó que el recién desvelado escándalo de los motores Diesel de Volkswagen merecía ser el tema a tratar en su trabajo de final de grado. Seguí de cerca su elaboración. La magnitud que fue adquiriendo el escándalo y la cascada de acontecimientos posteriores me llevó a proseguir ahondando en el tema. Pero reconozco que la aportación de mi nieto ha dejado una importante y difusa huella en mi escrito.





I. MEDIO AMBIENTE Y AUTOMÓVIL	17
I.1. La contaminación y la atmósfera	19
I.2. Las recetas de los economistas.....	21
I.3. La máquina que cambió el mundo	26
I.4. ¿Otto o Diesel?.....	29
I.5. La regulación de los vehículos a motor.....	33
II. LA GRAN EMPRESA Y LA REPUTACIÓN	39
II.1. La gran empresa y su gobierno.....	41
II.2. El informe de sostenibilidad	48
II.3. La reputación corporativa	52
II.4. La reputación medioambiental.....	57
III. VOLKSWAGEN Y SU <i>DIESELGATE</i>	63
III.1. La ruta hacia el éxito.....	65
III.2. El estallido del escándalo.....	73
III.3. La reacción inicial.....	77
III.4. Una gestión agresiva.....	82
III.5. Los efectos para Volkswagen.....	86
III.6. Los efectos sobre sus competidores.....	91
III.7. Las reacciones entre el público.....	94
III.8. La administración de la crisis	97
III.9. De fiero león a manso felino.....	101
III.10. ¿Crisis superada?.....	105
III.11. ¿Se salvará el general Winterkorn?.....	109
III.12. Diferencias de trato	114
III.13. Conclusiones	119
EPÍLOGO	123
BIBLIOGRAFÍA	129



INTRODUCCIÓN ■





Dos fenómenos han caracterizado el desarrollo económico mundial en los últimos lustros. El primero ha consistido en la concentración de una proporción importante de los recursos productivos en manos de grandes corporaciones con implantación en múltiples países y mercados. Todo parece indicar que aún no ha alcanzado su cénit, a juzgar por el rosario de posibles fusiones y absorciones que se anuncia y la proliferación de importantes bufetes de profesionales especializados en los tejemanajes de estas operaciones. Cuando esta concentración era aún muy incipiente, sus implicaciones en el plano político ya fueron denunciadas por Vernon Smith. El título de su libro, *Sovereignty at Bay* (Soberanía en peligro), aparecido en 1971, proporciona claros indicios de las consecuencias que iba a entrañar la aparición de unos leviatanes económicos en manos privadas. El hecho cierto es que, hoy en día, estas grandes corporaciones generan una importante fracción de la producción y el empleo mundiales y, sobre todo, tienen en sus manos cuando no la creación por lo menos la gestión comercial del progreso científico y tecnológico. Conseguir que el uso del enorme poder que detienen respete los intereses de la ciudadanía es el reto fundamental que deben superar las instancias políticas de las sociedades democráticas.

El segundo fenómeno, que cronológicamente ha acompañado al descrito en el anterior párrafo, ha sido el continuo deterioro de nuestro planeta y su ecosistema. Y ello tanto en lo que se refiere a su parte sólida como a sus océanos, mares, lagos y ríos y también a la atmósfera que lo circunda. Deterioro que, de proseguir por el mismo camino, nos llevará a una catástrofe de incalculables dimensiones. La desertización es creciente, las prolongadas sequías se traducen en una gran variabilidad de las cosechas, y las capturas de los pescadores en aguas saladas o dulces son cada vez más escasas.

Sería aventurado asegurar una relación de causa y efecto entre ambos fenómenos, pero el hecho de su coincidencia en recorrido y cronología lleva a sospechar la existencia de algún factor común. En todo caso, Richard Heede, un reconocido activista ambientólogo impulsor de la organización *Climate Mitigation Services*, afirma que tan solo noventa empresas, todas ellas de dimensiones apreciables, fueron directa o indirectamente responsables del 63 % de las emisiones, a escala mundial, de gases de efecto invernadero, esos que provocan el calentamiento del planeta. Es decir, ellas mismas emitían el carbono en sus procesos productivos o extractivos o lo suministraban a clientes que, a su vez, lo liberaban a la atmósfera. Sin salir de nuestras fronteras, diez empresas de nombres bien conocidos copan el 65 % de las emisiones hispanas de este tipo de gases.

Se extiende la convicción de que el modelo de crecimiento que ha imperado en estos últimos decenios no es sostenible. No podemos seguir abusando de los recursos naturales y emponzoñando la atmósfera, las aguas, superficiales o subterráneas, de manera incontrolada y abusiva. Los «verdes» son quienes más decibelios ponen en sus gritos de alarma. Los más contundentes aseguran que el desastre no se evitará si no hay un giro de 180° en nuestra forma de vida. «Parar el cambio climático que nuestros hábitos consumistas provocan exige un cambio social», claman. Entre quienes más se han desgañitado en esta porfía destaca John Bellamy Foster, autor de un libro cuyo título, *Ecology against Capitalism*, es más que explícito. Su tesis es que el respeto al medio ambiente





exige erradicar o cuando menos limitar fuertemente la propiedad privada de los recursos naturales y no permitir que las anónimas fuerzas del mercado determinen el uso que se les debe dar. Sostiene que en un marxismo debidamente adaptado al siglo en que nos encontramos se encuentra la llave maestra para luchar contra los daños ecológicos. No basta con un cambio cosmético, sino que se precisa uno radical.

Otros se tiñen de un verde menos intenso. Son menos drásticos pero también menos precisos en las soluciones que preconizan para sacarnos de encima esta espada de Damocles. Dentro de este grupo, el autor, la autora en este caso, posiblemente de mayor audiencia es Naomi Klein. Sus libros, traducidos a numerosos idiomas, han alcanzado cifras de ventas espectaculares. Quizá el más conocido es *Esto lo cambia todo* (2015). Su espina dorsal es que la razón esencial de nuestros sinsabores ecológicos debe buscarse en el tipo de capitalismo desregulado que se ha impuesto por doquier después de los respectivos mandatos de Ronald Reagan y Margaret Thatcher, más la influencia desmedida de que gozan las grandes empresas petroleras. Su receta para salir del atolladero en que nos encontramos se apoya en tres pilares: establecer límites al comportamiento de las empresas, sobre todo las pertenecientes a los sectores más contaminantes; promover las energías renovables hasta hacer innecesario el consumo de combustibles fósiles y, finalmente, modificar la escala de valores de los ciudadanos para que limiten sus apetencias consumistas y en sus elecciones tengan en cuenta los costes que imponen al medio ambiente. La propia Naomi Klein se autocalifica de anticapitalista, pero de la lectura de sus escritos se hace difícil deducir cuál es el modelo económico que propugna como sustituto del hoy imperante.

Muchos políticos con mando en plaza han escuchado a científicos y ecólogos y, cuando menos de palabra, se han mostrado dispuestos a tomar medidas, en particular las destinadas a frenar el cambio climático, una de las manifestaciones más preocupantes del deterioro ecológico. Es cierto que hay alguna notoria y preocupante excepción: nada menos que el presidente Trump tilda de pájaros de mal agüero a quienes han encendido las alarmas. Pero los que aparentemente son conscientes del peligro mantienen una actitud que bien merece ser calificada de hipócrita. De vez en cuando se reúnen en alguna ciudad importante de la geografía mundial, a poder ser con atractivos turísticos y confortables hoteles, para discutir las medidas conjuntas que se deben tomar; pero las resoluciones finalmente adoptadas suelen ser algo etéreas y, en muchos casos, las aplican con cuentagotas, cuando no las guardan en el cajón de los recuerdos, especialmente en tiempos en que la plaga del paro laboral se extiende. No osan desvelar con toda crudeza a sus respectivos potenciales votantes la auténtica situación y los cambios profundos en los hábitos de vida que la gravedad del problema exigiría. Temen una pérdida de votos en los próximos comicios y, a lo sumo, se limitan a poner parches de escaso efecto.

Efectivamente, a los políticos les corresponde tomar medidas correctoras de la deriva medioambiental. Reglamentaciones y regulaciones diversas deberían imponer barreras para evitar salirse del recto camino. Pero es evidente que la eficacia de estas actuaciones legislativas aumentaría si las grandes corporaciones, esas que desempeñan el papel más relevante en el drama de la contaminación, colaboraran de manera voluntaria en





la tarea. Hay voces, algunas interesadas, especialmente de las diversas organizaciones en que se agrupan, que afirman que ya lo hacen. Como prueba de su colaboración aportan el hecho de que en casi todas sus memorias anuales consta, desde principios del siglo en curso, un usualmente titulado informe de sostenibilidad en el que se explican, de manera detallada y a menudo cuantificada, tanto los objetivos conseguidos en su lucha contra los efectos contaminantes de su actividad como las metas que pretenden alcanzar en los años venideros. El aludido informe es un apartado incorporado al de responsabilidad social corporativa que, a veces de manera impuesta y otras por voluntad propia, ya hace tiempo que las empresas anualmente hacen público. Kitzmueller (2008, p. 4) reproduce dos definiciones de la expresión responsabilidad social corporativa (CSR es la sigla de *Social Corporate Responsibility*, que a menudo se utiliza por la inevitable influencia anglófona), respectivamente formuladas por sendas instituciones públicas. Para la Unión Europea es un concepto por el que «las compañías integran de manera voluntaria preocupaciones sociales y medioambientales en sus actividades y en sus interacciones con sus *stakeholders*». Como anticipo de una posterior definición más extensa, debe entenderse por *stakeholder* todo sujeto que se ve directa o indirectamente afectado por las actuaciones de una empresa. Por su parte, el Banco Mundial afirma que «es el compromiso de las empresas tener un comportamiento ético y contribuir al desarrollo económico sostenible mediante la colaboración con los grupos de interés (*stakeholders*) relevantes para mejorar sus vidas de manera favorable al negocio, la agenda del desarrollo sostenible y la sociedad en sentido amplio». Casi siempre estos principios genéricos se concretan, en el ámbito de la empresa, en un código ético que supuestamente han de seguir todos sus empleados, pero de manera aún más estricta quienes ocupan los puestos situados en los escalones superiores de su pirámide jerárquica.

No faltan quienes ponen en tela de juicio la sinceridad de estas grandes empresas que buscan dar una imagen socialmente positiva, puesto que luego, según ellos, la intención no se materializa (por ejemplo, Rhodes, 2016). Otros, en cambio, creen que la reputación que adquieren con sus declaraciones es un activo que se deterioraría si luego se demostrara que incumplen lo prometido. Aunque solo fuera por propio interés, quieren conservar su imagen de entidad comprometida con la sociedad y el medio ambiente. Pero es obvio que el castigo que recibirá una empresa que incumple su código ético y sus promesas en el tema medioambiental dependerá sobre todo de la sensibilidad que por él tengan sus grupos de interés y, muy especialmente, sus clientes en el caso de una empresa del sector del automóvil.

Hace ya un cierto tiempo, Volkswagen (VW), un leviatán teutón que se jactaba de liderar la lucha contra el cambio climático y de ser una empresa con fuertes compromisos sociales, generó un sonoro escándalo al descubrirse que durante años había engañado a las autoridades norteamericanas, así como también a los compradores de sus automóviles equipados con motores diésel, sobre la cantidad de NOx¹ y de partículas sólidas que emitían. Aunque los efectos directos e indirectos del escándalo aún no se han agotado, ya hay datos suficientes para diagnosticar las razones que lo produjeron y estimar el

1 NOx incluye dos variantes: NO (óxido nítrico) y NO₂ (dióxido de nitrógeno), ambas con nocivos efectos sobre el aparato cardiorrespiratorio y, por ende, sobre la salud humana.





daño que infligió a su reputación. La raíz de tan comentado escándalo es, pues, la contaminación atmosférica, que es la que será el *leit-motiv* de las páginas siguientes, sin que ello signifique desdeñar la que afecta a las partes sólida y líquida de nuestro planeta.

